

# LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

FLACSO - Biblioteca

320  
Fazio

Diseño de tapa: Estudio R

320 Fazio, Horacio  
 FAZ La política en discusión / Horacio Fazio y Carlos  
 Alvarez.- 1ª. ed. - Buenos Aires : Manantial, 2002  
 352 p. ; 23x16 cm.  
 ISBN 987-500-072-8  
 I. Alvarez, Carlos II. Título - 1. Política

REG. 15998  
 CINT. 15998  
 BIBLIOTECA - FLACSO

BIBLIOTECA - FLACSO - EC  
 Fecha: 18 agosto 2006  
 Cantidad: \$ 13.51  
 Proveedor: Servicios Libros  
 Canje:  
 Donación:

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en la Argentina

© 2002, FLACSO / Proyecto Cambio Político

ISBN: 987-500-072-8

Derechos reservados  
Prohibida su reproducción total o parcial

Avda. de Mayo 1365, 6º piso,  
(1085) Buenos Aires, Argentina  
Telefax: (54 11) 4383-7350/4383-6059  
E-mail: info@emanantial.com.ar  
www.emanantial.com.ar

**HORACIO FAZIO**  
(Coordinador)

**FLACSO - Biblioteca**

## **LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN**

GERARDO ADROGUÉ  
CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ  
ALCIRA ARGUMEDO  
ATILIO BORÓN  
ISIDORO CHERESKY  
MARIO DAMILL  
JUAN CARLOS DEL BELLO  
PEDRO DEL PIEDRO  
TORCUATO DI TELLA  
MARCELO ESCOLAR  
JOSÉ PABLO FEINMANN

ROSENDO FRAGA  
RUBÉN LO VUOLO  
LUIS MORENO OCAMPO  
JUAN CARLOS PORTANTIERO  
LUIS ALBERTO QUEVEDO  
JESÚS RODRÍGUEZ  
CARLOS STRASSER  
FEDERICO STURZENEGGER  
ABEL VIGLIONE  
ENRIQUE ZUJETA PUCEIRO

FLACSO

MANANTIAL

# ÍNDICE

Publicación de la Fundación de Estudios Políticos y Sociales, en colaboración con el Observatorio de la Política y la Sociedad de la Universidad de Buenos Aires

Expositores .....	9
Prólogo de Horacio Fazio .....	13
I. La Alianza: entre la vieja y la nueva política <i>Carlos “Chacho” Álvarez</i> .....	19
II. Gobierno de la Alianza: una oportunidad perdida <i>Carlos “Chacho” Álvarez</i> .....	35
III. El marco democrático y sus posibilidades <i>Carlos Strasser</i> .....	45
IV. Ciudadanía y política <i>Isidoro Cheresky</i> .....	57
V. La crisis política argentina en el marco de la globalización <i>Juan Carlos Portantiero</i> .....	79
VI. La reforma política en la Argentina: antecedentes y perspectivas <i>Marcelo Escolar</i> .....	99
VII. Política y sociedad frente al nuevo escenario mundial <i>Alcira Argumedo</i> .....	115

VIII. Perspectivas futuras del sistema partidario argentino <i>Torcuato Di Tella</i> .....	143
IX. En torno al rol del Estado <i>Atilio Borón</i> .....	167
X. Mesa redonda de economía. Alcances estructurales y límites políticos del modelo económico <i>Mario Damill, Rubén Lo Vuolo, Federico Sturzenegger y Abel Viglione</i> .....	191
XI. Mesa redonda de opinión pública. La opinión pública entre la ética y la economía <i>Gerardo Adrogué, Rosendo Fraga, Luis Alberto Quevedo y Enrique Zuleta Puceiro</i> .....	225
XII. Mesa redonda de política. ¿Vieja y nueva política? <i>Juan Carlos Del Bello, Pedro Del Piero y Jesús Rodríguez</i> .....	257
XIII. ¿Cambio político desde la política? <i>Luis Moreno Ocampo</i> .....	283
XIV. La desesperanza como creación política <i>José Pablo Feinmann</i> .....	297
XV. Política y economía en un país decepcionado <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i> .....	323
XVI. Hacia un acuerdo programático desde un espacio transversal <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i> .....	339

## II

# GOBIERNO DE LA ALIANZA: UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

---

CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ  
19 de abril del 2001

En la anterior exposición planteé las limitaciones de la Alianza y la ausencia de voluntad para protagonizar las transformaciones políticas, institucionales y culturales que necesita la Argentina, y que debían representar una fuerte ruptura con el país menemista. Estos cambios no sólo debían revertir los efectos más nocivos de la gestión anterior, sino también dar una batalla en todos los terrenos contra una desigualdad cada vez más irritante ¿Cuál es la síntesis de esta desigualdad? Un país donde la ley no es pareja y se genera una suerte de capitalismo de amigos que, en el plano de la justicia, se expresó en la figura de la "asociación ilícita".

En realidad, esto no comenzó con Menem sino que viene desde la dictadura militar, que abrió el camino de la desigualdad, asociado a la ausencia de institucionalidad. Siguió luego, en los gobiernos democráticos, con una institucionalidad muy débil que, no por casualidad, en todos los casos siempre termina beneficiando a los más fuertes. Insisto en que es muy difícil crecer y mejorar la distribución del ingreso sin generar simultáneamente otra concepción del poder democrático que pasa por, en el lenguaje de los años ochenta, democratizar la democracia, y que por supuesto incluye lo económico. Significa la necesidad de un poder capaz de instalar nuevas reglas parejas para todos. Y esto no depende de ningún sistema de restricciones externas o condicionamientos foráneos, sino básicamente de exhibir una voluntad política diferente. Una de las críticas que hay que manifestar es esa resignación que se mostró en casi todos los campos, desde la justicia hasta los organismos de seguridad.

Sin la existencia de un poder presidencial que conduzca y oriente la dirección de los cambios, mi experiencia personal es que siempre se termina

ganando por el centro-izquierda y gobernando desde la derecha, aún con lo relativo que puedan sonar en nuestro país esas categorías de análisis. Pasó con la economía. Un equipo que desde la oposición aparecía claramente como heterodoxo, que había cuestionado las sucesivas administraciones económicas menemistas por ser de la familia del "puro mercado" o del "puro fiscalismo", pero que a la hora de la gestión, va gradualmente adaptándose al rumbo heredado.

Existieron muy pocas acciones que marcaron un camino distinto y en lugar de utilizar el poder político obtenido en las urnas para sostener otra tendencia, se cayó en el consabido "círculo virtuoso" de la economía, que comenzaba en el equilibrio fiscal y terminaba casi automáticamente en el crecimiento y la generación de empleo: recuperar confianza, bajar el riesgo país, disminuir las tasas de interés, obtener el apoyo de los mercados, de ahí la reactivación, y de nuevo el crecimiento.

Yo planteé después del blindaje varios puntos o decisiones que pensaba sustantivos y apegados a lo que había sido el discurso de la campaña. Uno de estos puntos era salir de la idea unidimensional de que la economía es primariamente ocuparse de las finanzas. Había, a mi entender, que darle una gran importancia a la economía real y contar también con una estrategia de desarrollo productivo que el país no tiene desde hace muchísimos años. Desde el modelo de sustitución de importaciones hasta la versión desarrollista de un crecimiento a partir de ciertas industrias, la Argentina viene careciendo de una visión económica integral que combine la salud de las cuentas con una mejor inserción en el mundo y con una diversificación y actualización de su base y patrón productivo.

El derrumbe de los modelos de planificación con centralidad estatal se confundió con no tener ningún tipo de planeamiento estratégico, cuestión que es vital hoy para cualquier empresa mediana o grande que necesite competir tanto en el mercado interno como en el internacional. Entonces, si el planeamiento es vital para una empresa, cómo no lo va a ser para un país, en el marco de la globalización y en la fase de las integraciones regionales.

Desde hace años, el ministro de economía de la Argentina es lo más parecido en verdad a un secretario de hacienda y finanzas, ya que en su agenda de prioridades lo que sobresale son los temas vinculados a la cotización de los bonos, la tasa de interés, el riesgo país y la relación con los sectores financieros externos e internos. Los temas y problemas microeconómicos, de inversiones, de precios relativos, de desarrollos locales, de generación de nuevas empresas, de actualización del patrón de especialización y de las ventajas comparativas y competitivas de las economías regionales, son ajenos, si no al conocimiento, sí a la intervención y compromiso cotidiano.

Es verdad, y esto también debe registrarse en el plano de la autocrítica, que quienes pregonamos una mirada distinta a la ortodoxa, no teníamos

una alternativa integral y de gestión, no sólo de crítica ideológica sino que me refiero a una opción concreta en términos de iniciativas y decisiones. Esto sucede casi con todos los que propician genéricamente un cambio de modelo. Pueden sugerir una, dos o tres medidas diferentes, pero una estrategia de desarrollo distinta, de carácter integral, con actores concretos para llevarla adelante y figuras que sinteticen un nivel aceptable de confianza, reconocimiento, prestigio e idoneidad, están todavía pendientes.

Cuando se iba conformando el equipo económico de la Alianza, nosotros como Frepaso descansamos en él como si fuese propio; es decir, más que del radicalismo, lo considerábamos parte de las dos fuerzas políticas. Pero es evidente, como quedó nuevamente demostrado, que en situaciones difíciles los ministros de economía de los partidos tradicionales siempre terminan apelando en general a recetas ortodoxas, careciendo de audacia y de sentido de la innovación. Quizás haya que llegar a cierto límite para que se planteen decisiones más en consonancia con la política. Esto puede suceder por ejemplo con el tema de la reprogramación de la deuda. Es aquí donde se percibió entonces una doble defraudación de expectativas. Por un lado, la economía tratada con las herramientas tradicionales no despegó y, por el otro, en lo referido a la situación política o institucional poco o nada se quiso modificar. Lo del Senado evidencia la voluntad de continuar con los peores vicios de un sistema político que yo definí en su momento atravesando una crisis cercana a lo terminal.

Pero para romper con el modo dominante de hacer política y de acumulación de poder formal, es decir, partidario o personal, se requería de un presidente que no hubiese usufructuado las "ventajas" de ese estilo tan característico de componendas, canjes y transacciones por debajo de la mesa, que dominó la relación bipartidista desde el retorno de la democracia hasta nuestros días. O, de otra forma, se requería que cierta parte del riñón de ese sistema político hubiese entendido las señales de cambio y de ruptura que manifiestan cada día con mayor claridad una gran mayoría de los argentinos. No poder dar cuenta de esta situación es renunciar a la centralidad de la política sobre el sistema de decisiones y dejar la suerte del país librada a la capacidad del decisionismo técnico o al excluyente saber económico.

Aquí quiero tocar otro punto en el catálogo autocrítico; haber pensado que De La Rúa y el Partido Radical estaban predispuestos y preparados a inaugurar después de los diez años de la degradación menemista, un nuevo momento político en nuestro país. No con pretensiones refundadoras o a través de gestos o actos grandilocuentes, sino por el convencimiento de la imperiosa necesidad de un sistema de cambios de fondo, que en parte explicaban por qué la Alianza, como un fenómeno novedoso en la política argentina, había generado tantas expectativas. En lo que respecta al Frepaso no teníamos la fortaleza suficiente para obligar a ese cambio, y en mu-



chos casos, como se demuestra casi patéticamente hoy, muchos compañeros fueron ganados por una situación adaptativa o, peor aún, prebendaria, que fue licuando una gran parte del propio capital político. Y lo lamentable es que comenzaban a diluirse las marcas de lo distinto que el Frente había conquistado en muchos años de trabajo y esfuerzo.

De aquí que, junto al compromiso con el desarrollo productivo del país, también le señaláramos al Presidente en esos puntos anteriormente mencionados, la urgencia de liderar un proceso de transformaciones en la esfera política. Una visión diferenciada de la de aquellos que sólo buscan el recorte de la política asociado a la baja de costos, o de quienes parece convenirles una política desprestigiada, aspirando a la antipolítica o a la despolitización de la vida social. Una agenda precisa y fuerte sobre el gasto político, los sistemas electorales, la renovación de las instituciones, el financiamiento y la duración de las campañas, hubiesen sido en su momento un importante eje de movilización y convocatoria ciudadana. Era importante demostrar, no demagógicamente o de manera oportunista y superficial, el compromiso del gobierno para sintonizar con los reclamos de reexamen de la política que vienen expresando vastos sectores de nuestra comunidad.

Otro punto de nuestra propuesta era la garantía de un ingreso de inclusión social. En este sentido, no sólo le planteamos el desdoblamiento del Ministerio de Economía, en uno de Hacienda y en otro de la Producción, Inversión e Infraestructura, sino también la creación de una Agencia Social que concentrara los dispersos y fragmentados planes sociales, para referirlos a uno central basado en el ingreso, la formación y la capacitación, en la misma línea de la propuesta que hace hoy la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). Siempre pensé que era imprescindible recolocar la cuestión social como una prioridad al mismo nivel que lo económico. De ahí que insistiera desde los primeros días de Gobierno en que funcionara el Gabinete Social (Acción Social, Salud, Trabajo y Educación), que por supuesto el Presidente nunca convocó ni nunca le preocupó.

Es muy fácil darse cuenta de que la elección de algunos ministros y secretarios obedecían más a la amistad del Presidente o a la interna partidaria, que a la eficacia y a la transparencia de las gestiones, sobre todo la de aquellos que manejaban importantes fondos públicos y planes dispersos por todos los ministerios. Esta actitud permisiva o complaciente con el uso clientelar o partidista del aparato estatal, marca una de las cuestiones clave donde se asocia ineptitud con corrupción, bajo la mirada y el silencio cómplice de casi todos.

Es notoria la gran indiferencia presidencial sobre la necesaria reforma del Estado y el combate contra los nichos de improductividad y corrupción. El Presidente parecía flotar en la administración general de la cosa pública y en ningún tema, de los que yo por lo menos considero esenciales, tenía convicciones profundas ni compromisos con una transformación a

fondo, ya que necesariamente tenía que confrontar con intereses y feudos que iban consolidándose progresivamente. Veía un Presidente obsesivo en las pequeñeces pero nunca obsesivo por las cuestiones estratégicas, que son las que terminan definiendo la productividad, la eficacia y los objetivos de una gestión. Al contrario, predominaba un sistema de lealtades cuya lógica era incompatible con los requerimientos de un gobierno que necesitaba tener la impronta de una dinámica de cambios muy profundos.

La falta de voluntad política por concretar cambios posibles, quedó patentizada en la ausencia de acciones que apuntaran a profesionalizar el control de los organismos relacionados con las empresas de servicios donde predominan, en la mayoría de los casos, el amiguismo, la distribución partidaria de cargos y un dejar hacer que conspira abiertamente con el objetivo de mejorar la competitividad y defender los intereses y derechos de usuarios y consumidores. Dedicarse a perfeccionar los organismos de control era una tarea básica en un país que había privatizado casi todo de manera, para decirlo elegantemente, "desprolija". Es decir, donde no se respetaban los contratos; donde nadie controla si los proyectos de inversión que están acordados se ejecutan, y donde la mayoría de los "reguladores" están cooptados por las empresas.

Se vuelve a poner de manifiesto, como en otros planos, el desprecio por lo público y la escasa vocación por construir una nueva relación entre el mercado y el Estado. En esta falta de vocación y de voluntad política influye mucho el relativismo moral y la corrupción que atraviesa al conjunto del sistema político argentino. En general, y salvando pocas excepciones, los partidos y dirigentes que se dicen "antiliberales" y defienden el rol del Estado en una economía de mercado, en sus prácticas mayoritariamente utilizan el Estado para fines personales y partidarios, reconociendo que el cargo es aleatorio o circunstancial y que lo permanente es la situación de poder partidario. De aquí que no deba extrañarnos cómo se utilizaban y se utilizan recursos estatales para posicionarse en una interna o en una futura elección, usando esos recursos con total discrecionalidad.

La idea de acercarse al Gobierno esta serie de iniciativas, era contribuir, a pesar de mi pesimismo después de lo del Senado y de lo que hemos estado analizando, a que el Gobierno enderezara su rumbo y tratase de rectificar su accionar, si no ya desde los postulados originales de la Alianza, al menos desde un centro de decisión política y de un programa que fuese capaz de torcer la impronta de lo que se avizoraba ya como un fracaso. Incorporo en este punto otra autocrítica; después de mi renuncia a la vicepresidencia, quedamos a mitad de camino. Yo, afuera del Gobierno y una gran parte de la fuerza, adentro, y esto, como es obvio, no era ni chicha ni limonada.

Muchos compañeros me han señalado que al momento de mi renuncia todo el Frepaso tendría que haber salido del Gobierno y pasado a la oposición. La objeción es que habían transcurrido solo diez meses de un Go-

bierno que debía durar cuatro años; el pasaje a la oposición de todo el partido iba a ser entendido como una apuesta a la debilidad total del Gobierno, y por lo tanto a culpabilizarnos íntegramente de su posterior fracaso. Entonces, el gesto de mi renuncia quedó huérfano de continuidad e incapaz de generar otro horizonte de posibilidades. Al quedar a mitad de camino, se diluyó lo que sentí y sigo sintiendo como una decisión que debía ayudar a marcar un antes y un después en la forma de concebir y de hacer política en este país.

Era imposible seguir presidiendo un cuerpo absolutamente contaminado, saboteado desde el Gobierno y desde el conjunto del sistema político, sin senadores propios, y estigmatizado como alguien que quiere patear un tablero que a todos o, por lo menos, a la gran mayoría le conviene preservar. Cuestionar el funcionamiento del Senado era cuestionar una de las bases del funcionamiento del propio sistema de partidos en la Argentina, y esto resultaba altamente disfuncional para oficialistas y opositores, que siempre vieron en la transa y el pactismo secreto su supervivencia como partidos hegemónicos en la Argentina. Yo no podía claudicar ni pactar con esa situación, no había marcha atrás ni tampoco se podía saldar el tema de los sobornos con el sistema tradicional de negociaciones. Pero al mismo tiempo, como señalé anteriormente, la renuncia, al no ser premeditada, ni parte de una estrategia, carecía de un horizonte de continuidad. Sigo convencido de que la deserción hubiese sido ser cómplice de lo que pasaba, adaptándome a una situación institucional con la que era imposible e indigno acordar. Más aún, cuando era claro que desde el Gobierno ya se habían puesto en marcha todos los mecanismos para debilitarme, aún utilizando los peores métodos de los gobiernos autoritarios.

Desde mi punto de vista, que el gobierno optase por el sistema que había presidido la gestión menemista en el Senado, era letal para una formación política que explícitamente se había comprometido con la ciudadanía a modificar la relación entre el Estado, el sistema institucional y el sistema económico. Es verdad que pecamos de ingenuidad o quizá de superficialidad por haber creído que un dirigente como De La Rúa podía romper con parte de lo viejo por ilegítimo y ponerse a la cabeza de un saneamiento ético de la sociedad argentina y de la reconstrucción de otro sistema institucional. Quisimos "olvidarnos" que De La Rúa había sido parte sustantiva de lo peor del sistema político, flotando durante años sin plantear las mínimas objeciones a la manera de su funcionamiento. Y este "olvido", por más que hayamos ido en su momento a una elección interna, lo tenemos que incorporar también a nuestro balance autocrítico. De la misma manera que el principal partido oficialista jamás revisó absolutamente nada respecto a sus prácticas y que nuestra fuerza en un número considerable de sus miembros comenzaba a mimetizarse con los peores vicios del sistema tradicional.

Me hago cargo de que esta debilidad podía obedecer al bajo nivel de organicidad del Frepaso y a un crecimiento muy veloz que conspiró contra el refuerzo de los lazos de pertenencia y el desarrollo de una identidad más robusta. Algunos de los que entraron al Gobierno se sentían más funcionarios que miembros de la fuerza, y como en los casos más notorios, empezaron a sumergirse en la cultura del "vale todo" para sostener sus intereses personales y sus propios posicionamientos. Ciertos comportamientos fueron y son patéticos, respecto a cómo pueden cambiar a las personas, poseer los atributos formales del poder. El planteo de la "lucha desde adentro" opera en la mayoría de los casos como una gran coartada para defender lo indefendible o querer sobrevivir personalmente a cualquier costo. Ya sabemos que ésta es una época de ideales desteñidos, de anémicos compromisos sociales y de búsquedas desesperadas de la salvación individual. Pero si una fuerza que quiere pulsar contra la cultura de una época no mantiene ciertos principios muy firmes, aun cuando puedan cometerse errores, esa fuerza no tiene futuro. Porque para lo "realmente existente" o el pragmatismo sin límites, ya hay otro partido que ocupa bien ese lugar.

Los partidos tradicionales están llenos de progresistas que son cómplices de las peores prácticas, que acompañan silenciosamente el deterioro de la política en manos de quienes la viven confundiéndola con un negocio. Cuanto más cacarean por "izquierda", más huevos ponen junto con los personajes más siniestros por "derecha". O peor aún, en los partidos se convive como si nada con personajes que desde hace años mezclan la política con lo peor. En algunos casos se los acepta como personajes muy astutos o como eficaces operadores, cuando en realidad son peores que delincuentes comunes. Hoy se especula que al no haber fuerzas "antisistema" a la vista y al estar los militares con nula capacidad de maniobra política se puede seguir tirando de la cuerda, es decir, seguir con esta política. Entre tanto, quizá mucha gente en la próxima elección usará el voto castigo, en blanco o anulado, para hacer oír su voz de protesta contra el actual estado de cosas; es decir, la combinación entre el fracaso de las expectativas económicas, la crisis del sistema político y la profundización de la desigualdad social. Una combinación que puede ser explosiva.

#### PREGUNTAS Y COMENTARIOS

*Pregunta:* Sobre la figura de De la Rúa.

*Respuesta:* No era una cuestión de cree o no creer en De la Rúa, no lo pongamos en el lugar de las creencias. Era el candidato del partido con el cual planteamos hacer la Alianza. Yo creo que lo que puede debatirse es si

hicimos bien en su momento de hacer la Alianza con la UCR, porque, en definitiva, muchos de los defectos o debilidades atribuidos a De la Rúa tienen que ver con su personalidad y sus características, pero también con el partido que representa. Por supuesto que examinado a fondo hoy el desempeño de De la Rúa, no era ni es el hombre que podía introducir al país en una nueva etapa histórica. Digo esto porque su figura flotó durante años, y eso en su momento no lo pusimos en la balanza en 1997 cuando hicimos la Alianza y todavía estaba distante el momento de postular al candidato a la presidencia. De todos modos, lo que es cierto es que De la Rúa le agregó, con su personalidad, su conservadurismo y sus indecisiones, más contraindicaciones al esquema aliancista, y tal como surge hoy, al hacer un balance de la crisis.

*Pregunta:* Sobre las próximas elecciones legislativas de octubre de 2001

*Respuesta:* La Alianza va a jugar su suerte en las próximas elecciones según sea su performance centralmente en el terreno económico, es decir, si logra o no sacar al país de la recesión actual. No va a pasar mucho tiempo para que tengamos un panorama más claro acerca de si se profundiza el sentimiento de defraudación y bronca de la mayoría de la ciudadanía, o si el Gobierno logra remontar la crisis. Así y todo pienso que la degradación del sistema político se va a sentir en las urnas, independientemente de cómo funcione la economía. Quiero decir que reconozco que la economía y la recesión dominan las angustias y por supuesto las prioridades de nuestros compatriotas, pero al mismo tiempo existe un malestar que va más allá y debe leerse como una impugnación muy notoria sobre cómo funciona hoy el sistema político argentino. Por eso no llamaría la atención que creciera el voto en blanco o nulo, que sería una forma de castigar tanto el fracaso económico como el de expresar ese malestar que se observa en muchos ciudadanos. Los emergentes políticos y sociales que originan la crisis no creo que alcancen a configurar una renovación de expectativas. Desde lo político, habría que ver el desempeño de la diputada Carrió ya que ha generado un importante consenso sobre la investigación que encabeza y sobre su figura, y desde lo social, los piqueteros seguramente generan una corriente de solidaridad y hasta de simpatía en algunos, pero no constituyen, según mi criterio, nuevos actores sociales que puedan contribuir a compensar el malhumor y la crisis de representatividad tanto sindical como social.

*Pregunta:* Sobre el rol del Frepaso.

*Respuesta:* Es evidente que la nuestra fue una fuerza que quedó a mitad de camino después de mi renuncia. Yo no podía forzar ni aconsejar el

retiro del partido del Gobierno porque, como ya dije, hubiésemos sido acusados como los culpables del debilitamiento total en ese momento; por otra parte, quedarse sin mística y conviviendo con políticos con los que cada vez se coincide menos, lleva a la pérdida de identidad. Todos queremos y necesitamos que al Gobierno le vaya bien, pero también muchos sentimos que De la Rúa hace todo lo posible para que le vaya mal, que su falta de liderazgo es patética y sus irresoluciones, exasperantes. Y creo que cuando decidió, y dejó de lado el caso que me concierne, decidió mal. Miren lo que hicieron con el blindaje los genios de la comunicación, luego, lo que hizo con López Murphy, la ausencia de una política social unificada, la falta de convicciones para liderar reformas imprescindibles, la tibieza o el oportunismo con que se discuten los gastos políticos a nivel nacional. En fin, no creo que nadie lo pueda hacer peor, y por otro lado, debo confesar que nunca entendí a fondo cómo funciona De la Rúa, porque su desconfianza y su temor a enfrentar los conflictos son tan pronunciados que hacen indescifrables o increíbles sus métodos y su sistema de conducción. Por otra parte, es casi enfermizo el ascendiente sobre él del grupo más cercano y el de su hijo Antonio, que si bien le reconozco viveza e inteligencia en su participación en las campañas publicitarias, actúa con una gran irresponsabilidad. No hablemos de las presencias más negativas y de su importante grado de influencia; desde un pragmatismo absolutamente amoral de quien ya todos conocemos, a la mediocridad y superficialidad de un arribista, producto de la peor Argentina, la de la ganancia fácil y sin reglas.

Creo que más allá de la continuidad o no de la Alianza como instrumento electoral, como proyecto ya ha fracasado, es decir, nadie espera nada de la Alianza como articulación política. En esta situación, el que más pierde por ser una fuerza nueva y haber despertado más expectativas es el Frepaso. El radicalismo tardará muchos años a partir de ahora para volver a gobernar, pero el Frepaso corre peligro de extinción de seguir el camino de las terceras fuerzas, Hoy, si le va mejor al Gobierno va a ser obra de Cavallo, y si le va mal, va a ser culpa de todos. Es decir, la mirada de la mayoría está puesta en la capacidad de acertar o no del Ministro de Economía, no en que cambie De la Rúa o se "vuelva" al proyecto original de la Alianza, lo cual es casi imposible después de todo lo que sucedió. Cavallo está ensayando iniciativas algo más heterodoxas con el fin de movilizar positivamente las expectativas de quienes pueden invertir y consumir. Y a la vez, si esas medidas heterodoxas, que no repiten el único camino del ajuste fiscal, resultan viables, él se ve a sí mismo como el próximo presidente. Acá también se van a poner a prueba los márgenes existentes para determinadas estrategias. O si la fuerza y la presión de los mercados vuelven a obligar a continuar con más de lo mismo. Algunos empresarios "anti modelo" confían en que Cavallo, que nos metió en la convertibilidad, es

el único con legitimidad para sacarnos de ella. Sin embargo, yo creo que el desafío para él va a ser volver a crecer y a mejorar el empleo sin tener que devaluar o dolarizar, dos escenarios que me parecen de una lenta y difícil agonía económica y de una convivencia tan larga con la crisis, que terminará licuando los últimos vestigios de poder.